

por unidad de superficie, dividida en clases segun su valor y produccion, á cuyo fin todo el territorio estaba cuidada-



Díptico del cónsul Areobindo.
(Consérvase en la biblioteca municipal de Zurich.)

Los cinco agujeritos del lado izquierdo del grabado servían para unir esta tapa, que es la anterior, con su compañera (de la cual representa un trozo de la parte inferior el grabado de la página siguiente). En la parte superior de ambas tapas está representado un cónsul en traje de ceremonia, con la toga bordada, y detrás de él probablemente dos asistentes. La inscripción abreviada dice: *Flavius Areobindus Dagalaiphus, Areobindus, Vir illustris*. Las figuras de los lados son dos victorias. En la mano derecha tiene el cónsul el pañuelo, la *mappa circensis*, para dar la señal de empezar la función del circo, representada en la parte inferior de la misma tapa por los espectadores que contemplan una lucha entre cuatro gladiadores y cuatro leones. En la tapa posterior figura una cacería de osos, representada por bestiaros. En ambas se ven las puertas de las jaulas y al jefe de los bestiaros (*exercitator bestiartorum*) animando á los que luchan.

mente amillarado. Satisfaciase su importe en oro y en especie, y en ambos casos se exigía, como impuesto adicional, una cantidad de víveres y artículos de beber, arder y vestir,

que se llamaba la *anona*, y se destinaba á los almacenes del Estado para el suministro de las guarniciones, tropas en campaña y empleados civiles. Segun el caso pagábase esta contribucion tambien en oro. De la territorial ya no estaban exentas ni las fincas de las familias senatoriales, ni las de municipios exentos antes, como Atenas. Los comerciantes é industriales de toda clase pagaban una contribucion personal graduada segun sus bienes muebles é inmuebles, y segun el beneficio que sacaban de su industria, evaluado todo minuciosamente. Pronto se introdujo, despues del reinado de Diocleciano, la costumbre de anotar á todos los industriales de cada municipio en un libro de matrículas é imponer á toda la corporacion una suma en globo, que los matriculados repartían entre sí. La antigua capitacion ó impuesto individual, que se habia transformado paulatinamente en contribucion de familias ó de hogares, acabó por quedar limitada á los fuegos ó casas rurales, especialmente á las familias de colonos; porque en las ciudades quedaron los jefes de casa incluidos en la contribucion industrial cuando podían pagar algo en este concepto, sin perdonar á las meretrices. El resto de los habitantes proletarios sin recursos quedaba libre de contribucion. La de los colonos era satisfecha por el propietario del terreno, además de la contribucion territorial, y luego cobraba éste de los colonos lo que habia adelantado por tal concepto.

Al parecer se renovaba ó rectificaba el catastro ó amillaramiento cada quince años, cuyo período se llamaba de *indiccion*, período que, á falta de otra division de tiempo, sobre todo despues de la supresion de los juegos olímpicos á fines del siglo IV, sirvió de division cronológica ó cómputo, contándose por períodos de indiccion desde el siglo V en todo el imperio romano y despues en el bizantino. En Egipto se empezó á contar el tiempo de esta manera en el año 312 de Jesucristo.

A pesar de no ser exagerada la suma total de las contribuciones directas, la hizo sin duda mas gravosa el largo período de terror durante el siglo III, que redujo la riqueza imponible en todas las provincias. Por eso el gobierno tuvo que apretar mucho los tornillos de la máquina tributaria, que con la nueva organizacion administrativa chupaba con mas fuerza la sustancia de los pueblos. Estos, además de las contribuciones directas, pagaban muchos otros impuestos, gravámenes y gabelas, unos accidentales, otros especiales que cargaban sobre determinados objetos; derechos de introduccion, de exportacion y de tránsito, y espórtulas en gran número. Los mismos empleados tenían que pagar por las credenciales de su nombramiento y ascensos, primero cinco monedas de oro y despues mucho mas, y no pocas veces otras cargas materiales.

Grande atencion dirigió Constantino tambien á la institucion de las postas imperiales, perfeccionándola notablemente. Sin embargo, á pesar de su talento, no cayó en la cuenta de que este instituto podia hacerse reproductivo convirtiéndolo en empresa general de trasportes de personas y de correspondencia, con gran provecho del comercio y del erario, en lugar de ser una carga cada vez mas pesada para los pueblos, que tenían obligacion de aprontar las caballerías, los mozos y los carruajes.

Las extralimitaciones, exacciones, fraudes y venalidad de los empleados encargados de la recaudacion, eran una plaga incurable y hacían la desgracia de muchas provincias; pero ni Constantino ni los emperadores panónicos supieron curar este mal. Como siempre, las clases productoras medias y bajas eran las que en último término, directa ó indirectamente, lo pagaban todo; siendo las mas felices en este concepto las privilegiadas, que estaban libres de las cargas públicas y mu-

nicipales, y los esclavos. La clase laboradora, los colonos, además de pagar, estaban sujetos á las arbitrariedades y tiranías de los propietarios del terreno; los industriales y comerciantes en las ciudades sufrían las vejaciones de los repartidores y recaudadores, de sus revisiones de valores imponibles, y los castigos que se imponían á los ocultadores, que eran en gran número, especialmente en las provincias orientales. Los investigadores de la hacienda empleaban hasta el palo y aun la tortura para arrancar de hijos y esposas, y otras personas próximas, declaraciones de ocultacion del padre ó esposo para proceder contra este. Constantino, enemigo declarado de tales exacciones y vejámenes, hizo á su manera enérgica grandes esfuerzos para extirpar este mal, pero no lo consiguió. Horrible era la situacion de los decuriones, que tenían á su cargo el reparto del cupo de contribucion en su respectivo distrito municipal, y respondían con sus bienes propios del total de la recaudacion si no efectaban á su debido tiempo la entrega del cupo en las cajas del gobierno. A esto se agregó un número de otras cargas que los emperadores impusieron á los municipios cuando la necesidad y penuria les obligaba á ello, como el sostenimiento de los centros de instruccion, probablemente tambien con el tiempo el del culto cristiano, y otros gravámenes de cuyo pago los decuriones eran tambien responsables; de suerte que este cargo concluyó por ser una verdadera plaga que arruinaba á las personas que estaban obligadas á aceptarlo.

Los últimos años del reinado de Constantino el Grande, es decir, los que siguieron á la inauguracion de su nueva capital, comparados con los anteriores, fueron pobres en grandes sucesos políticos. En el año 332, el viejo emperador y gran capitán hizo una campaña feliz contra los godos, y dos años despues admitió en el imperio unos 300,000 vándalos que ya no pudieron resistir al otro lado del Danubio el empuje de otros godos y de sármatas, y los estableció en las provincias septentrionales, en la península balcánica y principalmente en la Panonia.

La iglesia cristiana continuó ganando terreno; pero aquí nos hemos de contentar con bosquejar su crecimiento. Mientras se reforzaba el cristianismo sin cesar con nuevos prosélitos, Constantino supo sostener hábilmente hasta su muerte su papel, en apariencia neutral, entre la religion nueva y los cultos antiguos, procurando al favorecer á la una que los partidarios de los otros no se creyeran postergados. Por eso continuó siendo sumo pontífice del paganismo, como los emperadores que le habian precedido. Es verdad que publicó en el año 326 un edicto prohibiendo la restauracion de los templos paganos ruinosos; tambien suprimió cultos repugnantes é inmorales, y despojó los templos que en medio de la nueva poblacion cristiana habian quedado desiertos, llevándose sus tesoros artísticos para adornar con ellos su nueva capital; pero lejos de molestar ni oprimir á la religion antigua, ni de reducirla á la condicion de religion tolerada, conservó á los sacerdotes paganos sus privilegios y rentas, les eximió por una ley de todos los cargos y servicios públicos, y en los últimos años de su vida, entre 335 y 337, concedió á la pequeña ciudad de *Hispellum*, ó *Flavia Constans*, hoy Spello, en Umbría, entre Foligno y Assisi, el permiso de levantar un templo á su familia, y celebrar allí funciones públicas, y hasta luchas de gladiadores, si bien con la reserva de que el santuario dedicado á él y á su familia «no se manchara con supercherías y supersticiones contagiosas.» Reemplazó la leyenda pagana de las monedas con otra neutral; su primera moneda con símbolo cristiano fué acuñada probablemente en el año 324 y lo mas tarde en 326. Despues

de esta época hay cuatro otras monedas que se conocen con símbolos cristianos. Ante la ley eran en su tiempo iguales cristianos y paganos, y lo mismo sucedía en el ejército, en la administracion y en la corte, donde por supuesto los cristianos eran numerosísimos. No por esto dejó de comprender Constantino que la victoria final sería del cristianismo y que los cultos antiguos mas ó menos tarde tendrían que desaparecer. En esta prevision hizo educar á los hijos que tenía de su segunda esposa Fausta en la religion nueva, y para facilitar el desarrollo y propagacion del cristianismo, no omitió medio alguno, concediendo mercedes á neófitos y construyendo iglesias en comarcas paganas, dotándolas abundantemente para que pudiesen, á fuerza de limosnas, atraer prosélitos y formar nuevos centros de propaganda. Sin embargo, las excisiones interiores de la Iglesia le dieron que hacer



Fragmento de la tapa posterior del díptico del cónsul Areobindo

hasta el fin de su vida. Muy pronto se convenció de que su gran concilio de Nicea no habia restablecido la paz y concordia en el seno de la Iglesia; el arrianismo, aunque no en su forma mas rigurosa, fué ganando continuamente terreno, mientras la palabra *homusio*, que designaba el símbolo contrario, encontraba muchos adversarios por no figurar en la Sagrada Escritura. La opinion mas general en las provincias orientales deseaba decididamente una fórmula mas aceptable y sobre todo mas elástica que pudiera ser admitida por todos los partidos empeñados en este gran problema dogmático.

En este estado de cosas quiso el emperador facilitar un arreglo, y entró en negociaciones con los arrianos, los cuales excitaron á su jefe Arrio á que se mostrara condescendiente. Tomando Arrio en cuenta la excitacion, formuló una nueva declaracion en sentido general, en la cual sin embargo se omitía la palabra *homusio* ó sea la declaracion expresa de la *identidad de esencia* de Dios Padre y Dios Hijo. En virtud de esta declaracion permitió el emperador que Arrio y sus compañeros y adeptos volvieran del destierro; y para completar el arreglo, quiso reinstalar á Arrio en su antigua parroquia de Alejandría; pero allí habia ocupado, entre tanto, en 328, la silla episcopal, aquel poderoso genio, Atanasio, personificacion del partido homusiano hasta la época de Ambrosio de Milan. Este hombre enérgico opuso la mas decidida resistencia á la proposicion, al ruego y á las amenazas del emperador para que volviese Arrio á su parroquia.

Atanasio fué uno de los eclesiásticos de su tiempo, y aun del posterior, que se mostraron adversarios resueltos de la

ingerencia del poder imperial en la vida interior de la Iglesia. Este obispo, que mereció el sobrenombre de «Padre de la ortodoxia» (1), desplegó en aquella lucha dogmática toda la energía indómita é inflexible que los mártires cristianos habían opuesto á las persecuciones y ataques mas feroces de los enemigos de la Iglesia. Era Atanasio realmente un grande hombre, de elevadas miras y trascendentales propósitos, y el mismo Constantino no pudo librarse de su influencia poderosa. Su fe admirable, profunda y ardiente, su conciencia de la sublimidad de la mision del sacerdote, su erudicion, la grandeza de sus ideas especulativas, la facilidad y destreza con que se expresaba en sus discursos y escritos; su entusiasmo ardiente, su perseverancia impertérrita é inflexible, que ningun sacrificio, ningun interés propio ni extraño, ni ningun temor podian conmovier; su gran penetracion y sagacidad; su energía, que cuando convenia no reparaba en apelar á los actos de fuerza, le hicieron jefe indiscutible del partido homusiano, y apóstol eficaz y feliz en la prolongada lucha dogmática interior que sostuvo la Iglesia.

No dieron ningun resultado las negociaciones para devolver á Arrio su parroquia; pero en contra de Atanasio se presentó el sutil obispo Eusebio de Nicomedia, el cual despues de su regreso del destierro se puso á la cabeza del partido semi-arriano ó conciliador, y llegó á gozar otra vez de gran influjo en la corte imperial. De aquí se originaron una multitud de intrigas y acusaciones políticas y de otra especie contra Atanasio, hasta que el emperador creyó deber citar al tenaz obispo de Alejandria ante un tribunal que se reunió en el año 335 en Tiro, donde sus adversarios, que estaban en mayoría, tomaron el desquite de su derrota de Nicea. Atanasio demostró la falsedad de la mayor parte de las acusaciones que se le hacian, pero, segun parece, no la de varios actos de arbitrariedad, los cuales bastaron para que sus contrarios le declarasen culpado y destituido. En la misma asamblea fué admitido Arrio otra vez en la comunidad de la Iglesia. Una asamblea sinodal reunida en Constantinopla confirmó la sentencia pronunciada contra Atanasio, el cual fué desterrado por el emperador á Tréveris. Constantino cuidó sin embargo de que nada le faltase, y para darle mayor consuelo, dejó sin proveer su sede episcopal de Alejandria.

En este asunto Constantino demostró que su condescendencia y humildad usual para con los jefes y Padres de la Iglesia no le impedian ser enérgico y severo para con los refractarios y tercios. Los arrianos habían abusado en esta ocasion de su mayoría de una manera poco noble; pero poco tiempo despues, en 336, sus adversarios los homusianos dieron una muestra no menos lamentable del extremo á que podia llegar el fanatismo de partido en las disputas dogmáticas, en el mismo seno de la Iglesia.

Habíase determinado que Arrio, casi octogenario, fuese admitido de nuevo en la comunión de la Iglesia con gran solemnidad, que debía celebrarse en Constantinopla. El día antes de la ceremonia, el obispo de la capital, volviéndose desde el altar al pueblo que estaba reunido, pidió á Dios que hiciera un milagro y *matara á aquel malvado antes de que fuese admitido otra vez en el gremio de la Iglesia*. Aquella misma noche, ó á la mañana siguiente, el anciano Arrio, en un lugar excusado de la ciudad, fué acometido de súbitas y terribles convulsiones, á las cuales siguió la muerte inmediata; y entonces fueron tan grandes como repugnantes las befas y exclamaciones de alegría feroz con que los homusianos mas fanáticos celebraron el triunfo lúgubre de la iglesia ortodoxa.

No vió Constantino el término de esta lucha, porque el

(1) Y el de «el Grande».

su propio estaba cercano; pero antes de narrar el fin de su reinado y vida, procuraremos retratar á este hombre extraordinario en sus rasgos principales. Constantino es una de las figuras históricas de la Roma imperial que mas plumas amigas y enemigas ha puesto en movimiento y sobre la cual sin embargo no se ha llegado todavía á formar un juicio definitivo. A no engañarnos mucho, constituia su carácter una mezcla singular de cualidades, entre las cuales dominaba la sed insaciable de mando, y no de un mando cualquiera, sino del supremo. Quiso la suerte ennoblecer esta pasión con una inteligencia grande y penetrante y un conocimiento admirable de los hombres, y así pudo Constantino abrir á la humanidad antigua clásica una nueva senda, en la cual debian entrar tambien despues los pueblos entonces bárbaros. Su sed de mando supremo se vió tambien favorecida por su talento diplomático y por el arte de aguardar la ocasion y de asirla cuando se presentaba con la prontitud y fuerza irresistible del rayo; y á todo esto se agregaba su pericia militar, que nos le presenta como un capitán digno de las páginas mas gloriosas de la historia militar de Roma. Su voluntad no retrocedía ante ningun obstáculo, ni atropello, ni alevosía ni engaño. De su padre Constancio Cloro había heredado el fondo benévolo, amable y justo, pero no su sencilla rectitud. Era como Diocleciano en no conocer ni piedad, ni consideracion, ni misericordia cuando creía amenazada su autoridad suprema. Era en fin de los que dicen: «Basta que empiece á temer para que acabe de temer.»

No puede negarse que los sucesos y circunstancias especiales influyeron poderosamente en su vida y actitud personal y política; pero al través de todas las influencias se vió siempre la grandeza de su carácter. Sus enemigos no le han acusado de pasiones groseras, como la gula, el juego, los excesos del amor sensual y otras; sus contemporáneos mas sagaces, como su secretario Eutropio, distinguen entre el Constantino de la primera mitad de su reinado y el Constantino de la segunda mitad; pero ninguno le negó sus grandes dotes de gobernante, su fina diplomacia, y su mano afortunada y segura en todo cuanto emprendia. La segunda época del reinado de Constantino, que empezó con la caída de Licinio, le presenta no tan guerrero ni tan arrojado y decidido como antes, pero igualmente rico en grandes ideas y planes, y lo que es peor, mas aferrado al pensamiento de robustecer el poder absoluto, pensamiento que le hizo duro, despótico y menos dueño de sí mismo. Con todo, siempre conservó su inteligencia activa y su solicitud por el buen gobierno del imperio, recibiendo y escuchando personalmente las comisiones y quejas de las provincias, lo cual le aseguró la gratitud de sus súbditos. Satisfecha su grande ambicion, volviéndose vanidoso y sediento de alabanzas y adulaciones; activo y enérgico hasta un grado inconcebible, se mostró á menudo caprichoso, y su trato personal con sus favoritos pudo recordar á estos la peligrosa intimidad de Adriano en el período lúgubre de este emperador. En la corte de Constantino era muy fácil caer; este emperador era gran amigo del trato íntimo expansivo, pero á costa de aquellos á quienes favorecia con su intimidad, que servian de blanco de sus bromas pícaras y á veces de su iracundia terrible. A la menor sospecha de infidelidad, traicion ó abuso de posición, se hacia temible, y le costaba poco dar trabajo al verdugo. Sus contemporáneos criticaron tambien su desmesurado fausto y liberalidad á costa del tesoro y de los contribuyentes.

En resumen, lo que no puede negarse á Constantino son sus grandes dotes de gobierno, su talento militar y organizador, y su sagacidad para conocer las grandes palancas y emplearlas en provecho de su política, así como su energía en dar derecho de ciudadanía en el imperio á la palanca prin-

cipal, despreciada hasta entonces, al cristianismo. Sin embargo, si Constantino fué grande en todo esto, no será jamás simpático.

Pocas palabras dedicaremos á las relaciones personales de Constantino con el cristianismo, porque los datos históricos no nos permiten formar un juicio exacto de los móviles verdaderos que determinaron su política religiosa y eclesiástica, sobre la cual ya hemos dicho mas arriba lo que piensan los historiadores mas acreditados. Tocante á fe religiosa, no era Constantino ningun rey David, si bien los dos nada tienen que echarse en cara como derramadores de sangre; pero el poderoso rey de los judíos se mostró humildísimo en el arrepentimiento y poseido de sentimiento religioso, mientras que Constantino, político empedernido, celoso autócrata del imperio y de su familia, sacrificó sin piedad, uno tras otro, á Licinio, á su hijo Crispo y á su esposa Fausta. Porque Constantino era en el fondo romano pagano y jamás comprendió los ideales del cristianismo, es decir, la renovacion y el perfeccionamiento interior del individuo, ni se interesó siquiera por una mera curiosidad científica en la acalorada lucha entre las sectas cristianas. Lo que distinguió con mirada certera fué el poder y la mision histórica del cristianismo y de su espíritu; si algo sintió mas allá, nadie lo sabe, y sería atrevido formar de su religiosidad un juicio, bien que se conoce que heredó de su padre la idea monoteísta y que esta adquirió en él, por lo menos exteriormente, un matiz cristiano. Es tambien posible que el trato que sostuvo con los representantes de la Iglesia le convenciera al fin de la verdad de la religion cristiana: lo cierto es que murió siendo miembro de esta Iglesia.

Desde las victorias de Diocleciano y Galerio en el Oriente se había conservado sin alteracion la preponderancia romana en aquella region. Desde el año 297 la Armenia fué seguro baluarte del imperio bajo el prolongado y brillante reinado de Tiridates, que favoreció singularmente la propagacion del cristianismo en sus Estados. El principal apóstol entre los armenios fué Gregorio, llamado el Iluminador, y vástago de una rama de los Arsácidas. En el año 302 hízose bautizar Tiridates, y bajo la proteccion de ambos la iglesia cristiana llegó á ser con el tiempo el lazo que conservó la unidad nacional del pueblo armenio, como lo fué para el pueblo griego durante el largo dominio de los turcos. Sin embargo, en la época de que hablamos era todavía adversaria del cristianismo una gran parte de la nobleza, que por la misma razon simpatizaba con los Sasánidas de Persia, los cuales despues de tan prolongada paz meditaban ya en tiempo de Constantino planes agresivos contra el imperio romano.

Reinaba entonces en Persia, desde 309 á 380, el rey Sapor II, nieto del inepto Narsés. Sapor había heredado la corona al poco tiempo de haber nacido; pero al llegar á la adolescencia desplegó una actividad y energía nada comunes, al mismo tiempo que instintos feroces que le impulsaban á ensañarse con los enemigos vencidos. Habíale envalentonado una gran victoria alcanzada por sus tropas sobre tribus árabes y estaba receloso de Constantino por ser amigo y protector de los cristianos, que estaban perseguidos en Persia, y por el favor que dispensaba á su hermano Hormisdas, que arrojado de Persia había encontrado asilo en la corte del emperador. Deseando por otra parte vengar la derrota de su padre y recobrar los territorios que este había tenido que ceder al imperio romano en el tratado de paz del año 297, empezó á buscar motivos de ruptura con ardidés diplomáticos y acabó por exigir la restitucion de los territorios cedidos por Narsés é invadir desde luego la frontera de la Mesopotamia.

Constantino, despues de haber dispuesto grandes armamentos, envió á su hijo el César Constancio con las fuerzas disponi-

bles á la frontera de Persia. Estaba el anciano emperador á punto de salir para el teatro de la guerra cuando, en la Semana Santa del año 337, cayó gravemente enfermo. Trasladado á los baños termales de Drepano, en Bitinia, cuyo nombre había trasformado en honor y memoria de su madre en Helenópolis, no se mejoró, y sintiendo aproximarse su fin hízose inscribir en la lista de los catecúmenos de la iglesia dedicada á los Santos Mártires en la citada ciudad, y despues de esto se trasladó á la quinta Aquirona, cerca de Nicomedia. Viendo que el mal progresaba determinó hacerse bautizar en la fiesta de Pentecostés por el obispo Eusebio, porque era costumbre entonces recibir las aguas del bautismo inmediatamente antes de espirar, para llegar á la presencia de Dios limpio de pecados. En seguida recibió tambien el sacramento de la Eucaristía, y falleció el último día de la fiesta, al mediodía del 22 de mayo del año 337. El Senado, sin curarse del bautismo que había recibido el emperador, votó segun la ya antigua costumbre, su deificacion ó apoteosis. La iglesia griega le consideró como otro apóstol; la iglesia armenia y la rusa le veneran como santo y celebran su fiesta el 21 de mayo; pero la iglesia católica no le ha canonizado.

Los restos mortales del gran autócrata fueron colocados en un ataud de oro y llevados á Constantinopla, donde quedaron expuestos con toda la pompa en el palacio imperial hasta la llegada de su hijo, el César Constancio, y entonces fueron depositados con la ostentacion eclesiástica y militar posible en la iglesia de los Apóstoles.

Apenas sepultado el emperador difunto, surgieron entre sus sucesores escenas lúgubres que en nada cedian á las que ensangrentaron las manos de los colegas y sucesores de Diocleciano. Constantino, despues de haber restablecido con esfuerzos colosales la unidad del imperio, se convenció sin duda de que, muerto su hijo Crispo, no quedaba entre los muchos vástagos de la familia imperial ninguno que tuviera fuerza y talento suficientes para gobernar todo el imperio en el sentido que él entendia, ni menos quien supiese imponerse á los demás herederos y obligarlos á acallar su envidia é inclinarse ante su supremacía. Por tanto, tomó por base para el arreglo de la sucesion al trono el sistema inventado por Diocleciano, á saber: distribuir el vasto imperio entre los herederos mas indicados, bajo la direccion y soberanía suprema de sus sucesores directos, que eran los tres hijos que le había dado Fausta. Además de estos, destinó una parte del territorio á los descendientes de Teodora, los hijos adultos Dalmacio y Anibaliano de uno de sus hermanos políticos llamado Dalmaciano. Los tres hijos de Constantino, Constancio, Constancio y Constante, y el joven Dalmacio habían sido nombrados césares por el emperador en diferentes épocas; en 317 Constantino, el mayor, que había nacido en 316; Constancio, el segundo, en 323, á los seis años de edad; Constante, el menor, nacido en 323, á los diez años de su nacimiento, y su sobrino Dalmacio, joven enérgico y de gran talento, en el mes de setiembre del año 335. En este mismo año entregó á cada uno de estos cuatro césares, la administracion de los territorios que debian heredar á su muerte como regentes y co-emperadores. Constantino II, el mayor, recibió la prefectura de Galia; Constancio, el hijo segundo, todo el Oriente; Constante, el menor, la Italia, Africa y las provincias ilíricas propiamente dichas; Dalmacio, la Tracia con Constantinopla, la Macedonia y Acaya; y finalmente Anibaliano, el hermano de Dalmacio y esposo de Constancia, hija del emperador Constantino, el gobierno del Ponto, de la Armenia Menor y de Capadocia, probablemente bajo la supremacía de su cuñado Constancio.

Este arreglo duró hasta la muerte del emperador; pero pocos meses despues, quedó todo desbaratado al parecer á